

DESPERTÉ A MI BUENA MUERTE

El HD21.12 ha caído en luna llena...

A toda la malla: "MEDEVAC". Repito. A toda la malla: "MEDEVAC".

La tripulación de alarma se prepara para salir. Es la noche del día 3 de agosto de 2012. Será un vuelo con gafas de visión nocturna al norte de Bala-Morghab, zona caliente. Hay 3 heridos "bravo" y los americanos necesitan munición. Allí se está dando tiros.

Nuestros 2 helicópteros (líder y punto), tras un largo vuelo táctico a baja cota, llegan al lugar donde está el convoy terrestre americano que precisa de nuestra ayuda. El líder se dispone a tomar. Se aproxima a tierra y levanta una nube de polvo que, al punto, el helicóptero que aún está volando y esperando a que tome el líder, proporcionando cobertura aérea y asegurando la zona antes de descender, no le permite ver nada. El primer helicóptero hace una aproximación a la zona de aterrizaje muy buena, pero justo al tomar, el terreno cede. El helicóptero se hunde y vuelca del lado izquierdo. Cuando lo ve el otro helo, procura bajar a ayudarlos, pero tras varios intentos, es muy peligroso y no es posible una toma segura. No pueden hacer otra cosa nada más que mantener la calma y establecer comunicaciones. Hicieron lo que tenían que hacer. En momentos así, se deben tener las ideas muy claras y no dejarse llevar por las emociones, lo que supondría un riesgo mayor y es, con mucha frecuencia, la encrucijada personal a la que nos exponemos los militares.

En Herat, al recibir la noticia, se nombra un equipo de recuperación. Así nos llamaron. Y aquí entro yo en la historia. Tenemos que preparar las herramientas necesarias para ir al lugar del accidente y desmontar todos los equipos del helicóptero caído. Hay que quitar peso a la aeronave para después colgarla de un Chinook y recuperarla. O al menos intentarlo, pues era una práctica nunca antes ensayada y cabía la posibilidad de que no se pudiera llevar a cabo. Lo que supondría soltar eslingas y perder nuestro Super Puma. En cambio, para nosotros y de momento, no era opción, ya que lucharíamos hasta el último aliento.

Cogemos casco, chaleco, pistola y fusil cada uno y nos subimos a un Chinook de nuestros compañeros de Tierra, Aspuhel. Nos vamos a Qal-e-Now, a esperar que

salgan los primeros rayos de luz para después ir al lugar del accidente y empezar a trabajar. La tripulación del helicóptero volcado pasará la noche protegida por los americanos y los recogerá el Chinook que a nosotros nos llevará hasta ellos cuando amanezca. Aparentemente todo está en calma. Mentes fuertes y objetivos marcados.

Nace el nuevo día, 4 de agosto de 2012. Son las 5:00a.m. Nos subimos al Chinook y llegamos al lugar donde ha pasado todo. Bajamos del helicóptero. La nube de polvo no deja ver nada, no podemos ni abrir los ojos. Los miembros de la tripulación del Super Puma accidentado suben y el helicóptero se va. Estamos en una posición cuyas coordenadas jamás acertaría, un puesto que desconocía y que sólo había visto en fotografías, un lugar lleno de insurgentes que son autoridad, en nombre de la muerte, en este Afganistán que ahora pisamos nosotros y sin ser conscientes de todo lo que quedaba por llegar.

Nuestra misión... ¡Rápida! Desmontar equipos y blindajes, dejar el helicóptero lo más ligero posible para su recuperación, y volvemos a Herat.

Poco a poco la visión se va haciendo cada vez más nítida y se empieza a distinguir bien aquel escenario. Allí está nuestro Super Puma HD21.12. Volcado, roto.

Recuerdo el esfuerzo empleado para que todo funcionase bien, el tiempo dedicado a algunas averías que me quitaban hasta el sueño, y la gran labor de mantenimiento. Sumado a que es un modelo B1, uno de nuestros mejores helicópteros, hace que me inunde la nostalgia. Nostalgia por esos momentos que pasamos juntos en el hangar poniéndole a punto y él poniéndome a prueba. Hasta llegar a cogerle cariño, porque cuando pones pasión y crees en las cosas que haces, sí se puede llegar a querer a cosas materiales que se convierten en retos personales y superaciones diarias. Pero no es momento para penas. No sabemos cuánto tiempo tenemos. Hay que darse prisa y marcharse pronto. Somos blanco fácil en mitad de la nada. Me atrevería a decir que realmente no lo sabíamos.

Y así fue. Llevábamos muy poco tiempo trabajando cuando explotó el primer mortero. Ni me enteré. Sentí la explosión, su sonido, el movimiento de la tierra, pero cuando vives un día a día en ciertos contextos, normalizas situaciones y pierdes la noción del riesgo. Aún no sentía miedo, y mucho menos, a la muerte.

Escucho gritos. Me están gritando a mí. Estoy metida en el puro de cola y no sé qué está pasando. Los gritos hacen a las palabras ininteligibles. Pero sus caras me dicen todo. En ese momento asocio ese ruido de explosivos con un ataque talibán. Nos tiramos del helicóptero y nos refugiamos en los vehículos americanos, algunos llenos de combustible. Los americanos abren fuego. En cuestión de segundos me muero de miedo, no puedo creer lo que está pasando, no doy fe a lo que estoy viviendo. El corazón me late super deprisa y no sé ni lo que hacer. Cruzo los dedos y rezo para que la granada que está pasando por encima de nuestras cabezas no caiga en los vehículos, no puedo ni imaginar la explosión que supondría y moriríamos todos calcinados. Sólo deseo poder ver el polvo que va a levantar lejos de nosotros. Quiero llorar, pero no puedo. Sé que, si se me cae la primera lágrima, me vendré abajo, y eso no puede ocurrir. ¿Desde cuándo llora un sargento? Coraje, valor y disciplina. Me digo a mí misma que no lloraré por miedo y lo repito mil veces hasta creerlo.

Seguimos trabajando. En cuanto hay fuego enemigo nos refugiamos entre los vehículos o en las trincheras, y corremos como nunca antes. La gente se cae, se puede respirar la angustia como reacción ante un peligro desconocido en el ambiente. Comemos tierra y la arena de aquel desierto se convierte en nuestra segunda piel. No sé lo que pienso o siento, sólo sé que tengo mucho miedo y la corazonada de que no saldremos vivos. Afloran emociones desconocidas, sentimientos encontrados a los que no sé poner nombre. Es como estar viviendo una película desde dentro. Miro a todos los sitios. Aprieto la herramienta que tengo en la mano tan fuerte que me hago daño. Al final la tiro. Quiero salir de allí.

Estaba en la trinchera, a pleno sol, cuando nos dijeron que unos vehículos con insurgentes se acercaban y la amenaza era elevada. Clavo mi fusil en la tierra y me pongo a calcular distancias. Nuestro fusil de asalto HK-G36 tiene diversos marcajes en la retícula para apuntar y medir distancias.

Están lejos, pero puedo verlos. No sé si hubiera disparado de ser necesario. Tampoco sé si hubiera acertado, tal vez apuntase a la cabeza y le diese en un pie, en el mejor de los casos de que le diese. Pues ni con un ojo, ni con los 2 abiertos, podía mantener mi blanco.

El pulso me tiembla tanto que soy incapaz de apuntar. Menos mal que los americanos están entrenados para estar en primera línea de fuego y nuestros zapadores también

son muy buenos tiradores. En momentos de desesperación, la mínima esperanza es aliciente o incentivo para seguir, aun sabiendo que nuestros recursos de defensa están muy limitados. Aprecio en las miradas de los demás el miedo, lo que me hace ser más fuerte al verme reflejada en ellos.

La última noticia nos desmoraliza. No van a mandar refuerzos. No van a rescatarnos. El riesgo es tan elevado que no van a arriesgar más aeronaves ni más personal. En realidad, no sabemos lo que está pasando en Herat, ni conocemos el protocolo de actuación en estos casos. Pero sí sabemos que estamos en una emboscada talibán. Los vemos de pie, amontonados en esas camionetas con caja abierta tal cual salen en la televisión. Armados, moviendo con ímpetu sus brazos como si ya estuvieran celebrando su gran victoria, como si ya hubieran derrotado al enemigo. Conduciendo con celeridad, sin detención ni pausa, cada vez más cerca de nosotros. Alzando ese polvo tan característico del desierto a su paso. Nuestras cabezas ya tienen precio.

Veo a un pastor, ni se inmuta. Pienso que la guerra está tan normalizada en Afganistán que se llega a concebir como un estilo de vida al que uno se acostumbra. Quizás hasta se le encuentre justificación, ya sea porque no conocen otra vida o por sus creencias. La religión es un arma poderosa a la vez que peligrosa en este caso. (Los talibanes son un grupo de raíz religiosa surgido formalmente en 1994, llegando al poder en 2021 e instaurando el miedo como su herramienta más valiosa. Caracterizados por la violación de los derechos humanos y el maltrato desmedido hacia la mujer, como ejemplo de algunas de sus normas sociales y culturales más duras).

Miro a la montaña, está repleta de pequeños puntos negros. Afinando la vista, distingo claramente que son cabezas. Nos están vigilando activamente. Nos tienen rodeados. No tenemos salida. No tenemos munición para enfrentarnos a su ataque. Entonces, empiezo a saborear el agríndice de la muerte, de mi muerte. Mi mente se convierte en una bomba de relojería donde cada segundo me trae un recuerdo vivido, una persona amada, un aprendizaje adquirido, una derrota superada, una sonrisa agradable, un llanto consolado, una pérdida afrontada, una batalla ganada... Me siento afortunada y agradecida por quien soy, por lo que tengo, por lo que he logrado y hasta donde he llegado con sólo 29 años. De igual modo, me invade una tristeza infinita por todo lo que voy a dejar y lo que aún me falta por vivir y conocer. Sí, tristeza.

Me sorprende mucho. Soy capaz de reconocer esa emoción en mi interior. Hablo para mis adentros. Tristeza y no miedo. Descubro que el miedo tan grande que experimento no es por la muerte sino por cómo voy a morir. Soy mujer, en Afganistán, con un gobierno que trata de forma particularmente cruel a las mujeres. Sólo de imaginar todo lo que me van a hacer, siento un escalofrío y se me eriza la piel. La tensión en mi cuerpo es máxima, tiemblo de miedo, de dolor. Estoy exhausta.

Hacia nada estaba en mi casa, con mi familia, con mis amigos, riéndome. Me retumba constantemente una pregunta en mi cabeza: ¿Cómo he llegado aquí?

Así funciona la mente ante la muerte, al menos mi mente aquí y ahora. No puedo parar de pensar, los segundos se hacen eternos y mi vida pasa a cámara lenta por delante de mis ojos. Una antítesis muy curiosa ya que hasta ahora mi tiempo siempre había sido muy relativo, o se me escapaba de las manos o se hacía eterno. Aunque la eternidad ahora tenía una dimensión muy diferente para mí.

No sé cómo fui capaz de mantener la calma y no ponerme histérica a gritar, ni de donde saqué la tranquilidad para esperar sin perder la cordura. Quizás fue el reflejo en mis compañeros, el control sobre mi miedo, estar en guardia en todo momento, la alta liberación de adrenalina en la sangre o las ganas de vivir, el motivo gracias al cual, después de no sentirme dueña de mí misma durante unos segundos, me di cuenta de que todos vivían lo mismo que yo, y si ellos podían, yo también. No era el momento de perder los nervios, de abandonarme a las emociones más primarias sin el más mínimo dominio racional sobre lo que estoy sintiendo y me está afectando ahora mismo, lo que sumaría negativo para mí y para mis compañeros. Valores tradicionales que son intrínsecos y definen el comportamiento de los militares como compañerismo, capacidad de adaptación a la nueva realidad, manera de actuar en el combate y dar la vida por España, siendo sólo algunos de ellos, pero tan marcados en nuestra conducta que son comportamiento.

Me siento vulnerable, lo que no me hace débil. Aunque son sinónimos, comprendo que ser vulnerable me hace fuerte ante la adversidad, a la vez que humana. Y aunque mi muerte sea aquí, moriré intentando construir un mundo mejor para las nuevas generaciones y luchando por lo que quiero, mi Patria. Englobando en su definición a mi familia, a mis amigos, a todos los caídos que dieron su vida por España, a todos los que lucharon por el avance de nuestra sociedad en cualquier campo, a todos los

españoles y españolas incluyendo a los que no creen en nosotros o piensan que no nos necesitan. Pues el Ejército Español aquí está para garantizar la seguridad de España y, aunque trabajemos en la sombra, caemos nosotros antes de que caiga nuestra Patria. Intentando convencerme de que la muerte no es el final, miro el reloj. Han pasado sólo unas horas, es como si el tiempo se hubiera congelado. Quiero volver a casa. Estoy desesperada. Los talibanes siguen atacando y corrigiendo la trayectoria de vuelo de los cohetes, impactando más y más cerca. Cada explosión nos levanta del suelo y nos esconde bajo la arena. Las camionetas también se acercan. Esto es un horror, una pesadilla.

Cuando la gente mayor me cuenta sus historias de la mili y me habla de los “amigos de la mili”, refiriéndose a ellos como esos amigos que hicieron a los 18 años durante el periodo del servicio militar obligatorio y que se convirtieron en familia, acompañándolos durante el resto de sus vidas, entiendo totalmente el significado y el sentimiento escondido detrás de esta expresión porque yo también los tengo y así lo siento. Es una amistad que se siembra en las dificultades y la soledad, y que vincula a las personas. Hay expresiones militares que pasan a formar parte de nuestro vocabulario porque la milicia es un estilo de vida que marca profesional y personalmente con unos principios y valores muy destacados.

Unos días antes, en Herat, trabajando sobre el helicóptero y ayudando a uno de mis compañeros, con nuestras manos totalmente negras llenas de grasa, en broma dije:

- “Contigo iría a la guerra”.

Lo que expresa confianza en la otra persona, seguridad y protección. Y expresión del vocabulario militar que, a día de hoy, es jerga popular en la sociedad.

En este momento estoy mirando a mi derecha. Somos 2 personas en la trinchera. Y es él quien está a mi lado. Dicho y hecho. Como una premonición o presentimiento. Obviamente, jamás pensé que se daría esta situación. Pero aquí estoy, con él y en la guerra. Se enciende una luz en mi cabeza, no sé ni cómo verbalizar lo que estoy pensando. En ocasiones las palabras no hacen justicia a nuestros pensamientos por lo complejos o difíciles de explicar que pueden llegar a ser. Quiero pedirle algo y no tengo idea de cómo hacerlo para que no parezca que me estoy volviendo loca. La muerte se acerca y yo quiero morir con dignidad. Imaginando esa conversación, busco y elijo las palabras según la voy creando mentalmente.

De repente... ¡Escucho algo! Parece un helicóptero. La esperanza acaricia mi fe. No es una ilusión, es real. ¡Se acerca un helicóptero! Escucho, busco, espero... Ahí está el sonido de las aspas cortando el viento, se abre el cielo y veo un Mangusta y un Chinook italiano. Nos están sobrevolando. No descienden, pero están aquí. El pulso se me acelera más aún. Seguro que vienen a rescatarnos. Noto como mi rostro dibuja una sonrisa. Sabía que en Herat se activaría el protocolo de rescate. No pueden dejarnos aquí. No sé quién había dicho que no habría rescate. Todo está tan difuminado y es tan confuso, que ni lo recuerdo. A día de hoy tampoco lo recuerdo.

Los helicópteros traen aire renovado. Lo que dura muy poco porque rápidamente dejamos de verlos y de escucharlos. Se marchan y no vuelven. No venían a rescatarnos. ¡Falso espejismo de misericordia que nos entrega de nuevo a los talibanes! Quizás su visual ha sido la confirmación de que el rescate no es factible. No es la primera vez que donde habita mi esperanza, la despropia la decepción. Vuelvo a ser presa de las restricciones de mi mente. Al menos la muerte nos libera de la tiranía.

Tengo sed. Quiero beber. No sé a qué temperatura estamos. No hay más sombra que la de los propios vehículos y la de las mallas mimetizadas color arena colocadas sobre nuestras cabezas, con las que nos camuflamos en las trincheras. El chaleco y el casco no ayudan. Me asusta pensar en que me entren ganas de hacer pis, no me voy a ir yo sola por ahí a esconderme, además no hay lugar para ello. Estamos en la mitad de la nada y casi todo el terreno minado. Tampoco voy a hacer pis delante de todos. Puedo hacerme pis encima, lo que se convierte en factor con alta probabilidad dada la situación. Decido beber lo justo para que no deshidratarme. Beber tragos pequeños y enjuagarme la boca de vez en cuando, aunque me quede con sed. El agua me sabe a desierto, a miedo. Me raspa la garganta al pasar, y tampoco tenemos mucha. Hay que racionarla bien.

Cierro por un momento los ojos y sólo siento tiros y explosiones. Ya no sé lo que es cierto o producto de mi imaginación. La sugestión, la incertidumbre y la desazón, alimentan mi intranquilidad. Tengo que intentar calmar mis nervios combatiendo con la esperanza que ya no tengo. Todo va a salir bien. Aunque pensar en lo que puede pasar si las cosas no salen bien, hace que me asuste aún mucho más. Sigo con los

ojos cerrados. Es la forma de evadirme de todo esto por unos segundos. Como si cuando volviese a abrirlos, sólo hubiera sido un sueño.

Estoy en trance. Puedo verlo todo desde arriba. Puedo verme a mí misma desde fuera. Puedo ver mi vida. Respiro profundamente mientras alzo el vuelo. El aire es cada vez más caliente. Noto cómo funcionan mis pulmones, como mi corazón bombea mi sangre, como mis alas me dan la libertad. Es el momento. Acepto mi muerte.

- ¡Prométeme que no consentirás que me cojan viva! Grito a mi compañero.

Es mi primera frase al abrir los ojos y regresar a la realidad. Doy voz a mi huracán. El mismo que ha hecho que una mirada ojiplática me atravesase. Yo no tengo valor para quitarme la vida y no estoy dispuesta a que me violen ni profanen mi cuerpo. No sé si soportaría la tortura, donde hay lugar para un ápice de convalecencia física, que no mental. Pero sí sé que no podría vivir con el ultraje. Dudo tanto de esa recuperación moral, que elijo mi muerte. Estoy siendo egoísta, me siento mal. Estoy pidiendo a alguien que se manche las manos con mi sangre para que yo tenga una muerte digna y mi alma descanse en paz. Dejando un tormento que también atenta contra la moralidad de otra persona y encima lo convierto en promesa.

Nuestras miradas son indescriptibles. El diccionario no tiene palabras para definir lo que está pasando, o yo no tengo la psicología suficiente para expresarlo.

Expongo los factores que determinan mi decisión sin dejar que la incertidumbre se sume al asombro, y creo ver en aquellos ojos, algo de empatía. Quizás me entiende. No sé si lo hará. Una promesa nunca es un fin en sí misma. Simplemente, confío en él. Yo entendería perfectamente que me odiase para siempre. Es la situación más injusta que he hecho vivir a alguien en toda mi vida. Y ahora sí que es en toda mi vida.

Nosotros, que somos el sonido de la vida, que una sola vida salvada da sentido a nuestro trabajo y que la sonrisa de un niño es sobredosis de energía, no podemos salvarnos a nosotros mismos ahora. Ni si quiera puedo salvarme a mí misma porque estoy afligida. Recuerdo los féretros de los guardias civiles cubiertos con nuestra bandera subiendo al Hércules y es como si estuviera viendo el mío.

La situación sigue siendo mala, cada vez más caliente. No sé cuánto tiempo llevamos aquí. Los talibanes no nos quieren en sus dominios y no dejarán de combatir hasta que ganen esta guerra. Nos echarán de sus tierras y no todos volveremos vivos.

Predican una justicia decapitadora: apedrean, ahorcan, mutilan, torturan, violan... Afganistán no es un país desarrollado, ni creo que llegue a serlo jamás. La pobreza, el hambre, una economía colapsada, los desastres naturales, la vulneración generalizada de los derechos humanos, sobre todo en detrimento de mujeres y niñas, el bajo nivel de vida y su campaña terrorista-militar contra la democrática República Islámica, hacen de Afganistán, el país más pobre de Asia. La seguridad y el control de Afganistán quedará en manos de los talibanes, estoy segura. Estamos intentando cambiar la Historia, ayudar a reconstruir Afganistán, ofrecerles una asistencia sanitaria, dar un apoyo humanitario e instruirlos militarmente para operaciones de contrainsurgencia, pero el desgaste es desolador. Somos aproximadamente 140.000 tropas extranjeras operando bajo el mando de la ISAF en todo Afganistán. Me siento orgullosa de participar en esta operación, pero verlos tan cerca mina mi entereza. Voy a perder la vida a 6000 km de mi casa y sin acabar con esta guerra. Siento frustración e impotencia infinita. La locura de lo real me ha tocado y hundido.

Han pasado 6 horas y mantenemos la posición. Estoy al borde de la histeria sin ninguna novedad. Tenemos a los talibanes prácticamente encima. Hace un calor sofocante. Me cuesta respirar. Me queda poco más que entregarme al destino y esperar una muerte lo menos dolorosa posible. Espero que mi familia y mis amigos me recuerden sonriendo. Espero ser el orgullo de mi abuelo Enrique, por ser el hombre de mi vida. Y espero que les llegue mi cuerpo, y con él, una pizca de sosiego al poder darme entierro. Todo tiene un momento y un tiempo, un momento para nacer y otro para morir. Rezo.

Entonces, cuando ya no puedes más, es cuando puedes con todo. Se puede lograr lo imposible. Una fuerza brutal despierta a mi ave fénix que resurge de sus cenizas. Dos helicópteros Mangusta se acercan y esta vez les siguen los Chinook. Vienen a rescatarnos. Ya no tengo que mimar a mi muerte. En una vida caben varias, así que allá voy a por la siguiente.

Los Mangusta estudian el terreno. El primer Chinook se aproxima. Los compañeros del Ejército de Tierra están preparados al lado del Super Puma con las eslingas en las manos. El trabajo va a ser puramente sagaz. Con la nube de polvo que se va a formar según se vaya acercando el helicóptero al terreno, no se va a ver nada y no

va a quedar más remedio que trabajar desarrollando el resto de los sentidos. Crece en mi la incertidumbre. No veo nada. Estoy muy nerviosa y...

Es una imagen bonita ver al Super Puma colgando del Chinook. Lo han conseguido. ¡Aspuhel lo ha conseguido! Significaba que nos vamos y con nuestra misión cumplida. No hay vuelo posible sin despegar del miedo los pies.

El segundo Chinook viene a por nosotros. Los equipos y blindajes del Super Puma han quedado casi enterrados después de la toma. Tenemos que cargar todo lo que podamos y encontremos para que no caiga en manos de los talibanes. Es el último esfuerzo antes de salir de aquí. Me muevo con los ojos cerrados, la arena me hace daño al golpearme y me guía el calor de los motores. Estoy ciega. Mi boca es barro y escupo sin parar. Tratamos de recuperar lo máximo posible, pero va a haber pérdidas. Parece que nunca terminamos, que nunca nos vamos a ir de aquí.

Por fin, subo al Chinook y me siento. Miro a todos mis compañeros y sólo veo sus ojos. No distingo sus facciones, son polvo, son desierto. Me toco la cara, la nariz, las orejas, trago saliva, miro mis uñas... Yo también soy desierto. Da igual lo sucios que estemos, sólo importa que estamos vivos.

Alzamos el vuelo lejos de este sitio. Mi mente está en blanco. Todos hablan, pero yo no escucho nada más que el sonido de la vida. Hemos vuelto a nacer. Tenemos suerte, o a un Dios que nos cuida y nos saca de ese campo de batalla. Quizá Alá que se apiada de nosotros porque estamos aquí en “una misión de paz y ayuda humanitaria.”

La hora ya no es importante y el reloj ha dejado de ser significativo. Mi mente ha parado. Mi cuerpo ha dejado de gritar. Estoy en shock emocional. La intensidad del acontecimiento vivido me provoca aturdimiento. Tengo una gran confusión sobre lo que ha pasado. Estoy paralizada, bloqueada, con la mirada perdida. Mi reacción psicoemocional y fisiológica es nula.

Paramos de nuevo en Qal-e-Now. Bajo del Chinook y me siento en el suelo. No me quito el chaleco, ni el casco. Me veo a mí misma diciendo que había pasado miedo. Tengo un vago recuerdo y muy pobre de este momento. Sufro una pérdida de memoria por el déficit de atención cognitiva. Durante años he pensado en ello, pero

ese recuerdo no ha dejado rastro consciente en mi mente. Imagino que tampoco inconsciente, porque nunca lo he soñado, y si lo he soñado, tampoco lo recuerdo.

Llegamos a Herat. Es como si despertase de una pesadilla. No me creo lo que he vivido, las condiciones en las que he trabajado, lo que es estar bajo el fuego enemigo o el significado real que esconde la palabra miedo. Floto como una nube mientras todo el mundo me abraza. Parece que me han arrancado las emociones de raíz porque no siento nada. Es extraño que yo no me encuentre en la calidez de un abrazo. Llamo a casa para decir que estoy viva, que da igual como llegue la noticia a España o si llega, porque estoy a salvo.

He dado una vida por mi Patria.

Todos estamos en las pistas, a lo lejos se aprecia una linda imagen con sabor a victoria. El Chinook se acerca y trae a nuestro Super Puma. Es una de esas mejores fotografías hechas con la memoria. El siguiente reto es cómo frenar al helicóptero colgado de las eslingas. Y como punto y aparte de este relato, los retos encadenados que se fueron presentado, fueron superados y coronados con nuestros aplausos y nuestras vidas. Termina el espectáculo.

Estoy sola en mi corimec. Desnuda, frente a mí misma. Tengo todos los puntos infectados y algunos saltados. Hace 2 días me quitaron unas verrugas porque a su alrededor se me estaba pudriendo la piel. Se me ha olvidado. No me duele. La mente puede ser nuestro peor enemigo o nuestro mejor aliado. Protegí las heridas, pero para el polvo no existen escondites. Cuando me quito las vendas y los apósitos, el olor no es muy agradable. Parece que recupero el olfato.

El agua caliente de la ducha me cae por la cabeza. Tengo costras en el pelo. Se forma una alfombra de arena a mis pies. Mi cuerpo empieza a despertar. Cierro los ojos tan fuertes como si no volviera a abrirlos nunca más, y en mi más absoluta intimidad, rompo a llorar. Llora en silencio dando puñetazos a la pared. Llora con exasperación, enfadada con el mundo sin saber por qué.

- ¿Qué ha pasado?

Durante unas horas, la vida y la muerte han sido mis dueñas. Odiado desierto, qué desorden me dejás. Mi cerebro difícilmente borrará de mi memoria esta historia inscrita a través de las emociones. Nadie habla de lo bonito que es envejecer, y casi

me lo pierdo. Ese Chinook con el número 19 pintado en blanco en su radomo, ha sido mi salvación.

Sentada en la cama, envuelta en la toalla, mirando mi uniforme allí colgado, me doy cuenta de que yo siento lo mismo, aunque no le vista. Que el uniforme no hace al militar, sino que el militar luce orgulloso su uniforme. Y aunque se quede en el armario, somos militares siempre.

Me gustaría volver a casa. Sinceramente, es lo que más deseo ahora mismo. Me siento muy sola. Estoy muy cansada. Septiembre, yo te esperaré.

Estamos "bien". Ninguna baja, ningún herido grave. Lo que da lugar a una continuidad como si no hubiera pasado nada. Uniformes limpios y seguimos. Voy a escribirlo todo, por muy difícil que sea sacar "eso" que estaba en mí. Quizás con los años decida compartirlo, quizás cuando me haga mayor y pierda la memoria, quiera saber quién soy.

Me quitan los puntos, las heridas siguen infectadas y no cicatrizan. Nada importante. Ya las curaré bien en España. Son un souvenir más de este viaje. Marcas de identidad por si algún día tienen que reconocer mi cuerpo. Tengo interiorizado que la muerte es parte de la vida y que vivimos todos los días, pero no todos los días morimos. Ahora elijo vida. Respiro profundamente y sonrío.

Llegan noticias:

El convoy americano que nos protegió tuvo que volar con explosivos uno de sus vehículos, un RG31 que se lo comió la tierra y sus ruedas se hundieron a más de 1 metro. Fue imposible sacarlo del agujero en el que estaba.

Al entrar en uno de los poblados, un IED levantó a otro de sus coches a 5 m de altura y el motor salió desprendido a una distancia de 200 m.

Y lo peor de todo: algunos de ellos están ahora en el ROLE con impactos de metralla. Cuidar de ellos es la oportunidad de agradecer su protección. Aunque, cuando los miro a los ojos, nada calma mi rabia.

Claramente la vida no es justa. A veces no comprendo el aprendizaje que nos regala. No sé cuándo se pasa de nivel o la moneda con la que nos paga.

Los talibanes utilizan los compuestos que les damos para abonar sus campos, en la construcción de bombas y explosivos. Quieren que nos vayamos de Afganistán. Aunque los coches llevan un radar que detecta los IED's hasta una distancia de 30m, ellos tiran un cable tan largo como esa distancia y se sientan a esperar en alguna calle paralela al paso del convoy. Al tercer o cuarto vehículo, lo vuelan. Estamos ocupando sus tierras intentando acabar con su autoridad. Es la "Jihad" o guerra santa de los musulmanes y nos convierte en infieles. Todos los individuos deberían someterse a la voluntad de Alá, el único y verdadero dios existente. Mis interrogantes cada vez son más grandes. Y es que no entiendo porque la historia del mundo es un concadenante de guerras sucesivas.

Se acerca septiembre, y con él, la fecha para volver a casa. Los días pasan, y cuando me doy cuenta, estoy recogiendo mis cosas. Llega el momento de la retirada y siento nostalgia. Este país también me ha aportado cosas buenas. Colaborar con niños de orfanatos y asociaciones de mujeres viudas, ha sido enriquecedor. Su pobreza, una lección de vida en nuestro mundo consumista. Salvar vidas, lo más gratificante que he hecho. La Mezquita Azul, un tesoro escondido. Las personas con quien he compartido el camino, fortuna divina. Incluso conocer a la muerte, ha sido crecimiento personal.

Subo al avión y miro una última vez Afganistán. Respiro su olor y me río recordando los episodios del yala-yala en el destacamento. Una de mis vidas se queda aquí, así que formo parte de todo esto. No creo que vuelva, pero ya siempre habré estado aquí. Siento plenitud, paz. Regresemos a casa.

Volvemos a nuestra realidad. Las familias nos están esperando deseando vernos y abrazarnos. Yo llego con resaca emocional de aquel país que está al otro lado del mundo. Ya sabía que, aunque todo estuviera igual, yo volvía diferente. Entre encuentros, risas, miradas, besos y demás, la felicidad de volver a estar juntos nos inunda. Me siento más grande, afortunada y viva que nunca.

El siguiente paso, es llegar a casa. Mi familia me acompaña con todo el cariño de este mundo. Lo que agradezco de corazón porque llevo meses sin ese amor. Pero el que estén tan encima mía, me agobia un poco. El sentimiento de individualismo o soledad ha pasado a definir mi personalidad. No sé si es porque acabo de llegar, o porque mi

persona es otra. El caso es que después del alboroto y la novedad, me quedo sola en casa.

La recorro asegurándome que todo está bien, que todo está como lo dejé. Efectivamente nada se ha movido de su sitio. Subo persianas y abro ventanas. Es de noche. Miro al cielo. No es igual que el cielo de Afganistán. El cielo más bonito que nunca había visto sin contaminación lumínica y con constelaciones que desde aquí no se ven. Son muchas las horas que he pasado allí tumbada en medio de la oscuridad contando las estrellas. Se me pasaba el tiempo subida en ellas imaginando todo lo que quería hacer a mi vuelta, todos los sitios a los que quería viajar y todos los “te quiero” que no volvería a callar. Apoyada en una ventana entreabierta, con mi uniforme puesto, el pelo recogido y una tímida sonrisa, pasaron horas pensando en nada. Simplemente respirando la tranquilidad de la noche, la satisfacción de estar en casa.

Es de madrugada. No hay prisa. Mañana no tengo una hora a la que levantarme, ni sonará la alarma de “MEDEVAC”. Puedo dormir cuanto quiera. Es como si hubiera frenado en seco después de haber estado viviendo a la velocidad del sonido. Esa ausencia de actividad no se me hace cómoda. No me gusta. Tengo que buscar un entretenimiento para todo el tiempo libre que tengo ahora. Esa noche no sabía que me faltaría tiempo para colocar todo.

Me senté en el sofá. Está a punto de amanecer. Me quedo dormida sin enterarme. Con los primeros rayos de luz me despierto sobresaltada creyendo que llego tarde al trabajo. Mi pulso se estabiliza cuando descubro mi casa en mi campo visual. No me he quitado el uniforme, mi pelo sí está suelto. Me pongo el pijama, bajo las persianas, y ya en mi cama, me entrego al sueño más reparador que he tenido en los últimos meses.

No sé cuántas horas he dormido, no sé qué día es, no sé dónde estoy... Abro los ojos desubicada y no es hasta después de unos segundos, cuando aterrizo de nuevo en casa. Me hago la remolona observando a mi alrededor. No necesito tanto como tengo para vivir. La vida es más humilde que todos los lujos que tenemos. Mi armario está lleno de ropa y zapatos, y he vivido este tiempo con las cosas que caben en un baúl y que ha vuelto casi vacío por todo lo que he regalado allí. Decido que hoy no voy a

abrir el baúl. Hoy no voy a colocar las cosas ni a poner lavadoras. En ese baúl tengo un tesoro escondido: una experiencia inolvidable.

Hoy voy a ocupar mi día, el medio día que queda, siendo yo.

Enciendo el teléfono. Saltan notificaciones de llamadas perdidas y mensajes sin contestar. Soy centro de atención para los amigos, por lo que me siento querida y afortunada de nuevo. Aunque hoy no va a ser día de baúl, móvil o encuentros porque primero he de trabajar en el encuentro más importante. Conmigo misma.

Lleno la bañera. Un baño se hace tan tentador como apetecible. Aquí no existe el silencio como ausencia de ruido, sino que el silencio es la suma de un montón de sonidos que tenemos tan interiorizados y normalizados que sólo notamos esa diferencia al percibir el sonido de la naturaleza, tan distinto del de la ciudad más silenciosa, que nos hace caer en la existencia del ruido. Desde el baño de mi casa escucho una ambulancia. Se tensa mi cuerpo, cualquier estímulo activa mi alarma interna como si una chispa encendiera la explosión de adrenalina asociada a la actividad rápida, precisa y coordinada de una evacuación médica.

He pasado de estar de alarma 24h/7d a actividad 0. El contraste es paralizante. Efectivamente todo está igual, pero yo no soy la misma persona. La vida no es el mismo lugar que dejé aquí antes de irme a Afganistán. Ha adquirido un valor diferente de aquella vida porque es otra vida o al menos otra oportunidad para vivirla. Estoy en un punto de inflexión sin retorno y he potenciar mi desarrollo y crecimiento personal para sacar el máximo rendimiento a las experiencias que tengo guardadas en el baúl de los recuerdos.

Cierro los ojos jugando con el tiempo y vuelvo a aquel desierto que se antoja tan lejano e incierto que recrea una película, más que una vivencia. Aunque la imagen no varía, esta vez el escenario es diverso, no escucho explosiones. Regreso al pasado como si de una película de cine mudo se tratase, prestando más atención a las expresiones corporales. Veo esa escena en la que algunos compañeros caen al suelo por querer correr más deprisa de lo que físicamente el terreno permitía y se levantaban aún más deprisa para ponerse a salvo. La arena del desierto hace que se te hundan los pies teniendo que hacer un esfuerzo mayor para correr. Lo que, después de unas semanas, terminó siendo motivo de bromas y risas en el destacamento.

También nos reíamos de la fuerza con la que aferré la herramienta sin soltarla hasta darme cuenta del daño que yo sola me hacía y tirarla, dejando el nombre de la marca impreso en mi piel. Obviamente es una distorsión de la realidad, pero estábamos aprendiendo a no dejar que una tragedia nos definiera convirtiéndola en tragicomedia. Todo en esta vida es actitud.

Abro los ojos. Estoy tiritando. El agua está fría y no me he enterado. Llevo un día entero sin saber en qué hora vivo y me es tan indiferente, que de momento voy a seguir solo con mi reloj biológico. Me importa vivir y sentir cada segundo, indiscriminadamente, como si fuera el último.

Recibo a mi segunda noche con cariño. La noche se me hace más tranquila que el día. Quizás porque todos duermen y no me siento en deuda por ese mensaje que no he escrito o esa llamada que no he devuelto, o porque la noche es menos ruidosa y me altera menos. Aunque también la escucha se vuelve más sensible. Tengo jet-lag. Me gusta este trastorno del sueño que me deja disfrutar de la penumbra y de las estrellas. Me gusta mi soledad conmigo misma y tener este tiempo sin responsabilidades ni obligaciones. Me gusta vivir sola y tener secretos. Me gusta ser la protagonista, dueña y narradora de mi vida sin tener que dar explicaciones. Me gusta hacer lo que me da la gana queriendo todo lo que hago y sin hacer daño a nadie con ello. Mi vida es más mía que nunca. Estoy abierta a la crítica que va a traer convertirme en una vividora.

Vuelvo a ver amanecer. Otro día que comienzo durmiendo. Y así serían unos cuantos días más, hasta que se ajustase de nuevo mi reloj biológico. Tampoco hice nada para cambiarlo. No tenía ningún motivo y no suponía ningún problema. Elegí fluir. Afortunada yo de poder hacerlo.

El segundo día, al despertar, me propongo abrir el baúl. Sacar los detalles que he traído para la familia y los amigos, es el principal motivo que me conmueve a hacerlo. Sé que en algún momento empezaré a relacionarme de nuevo. Aunque no tengo prisa. Que lo decida mi cuerpo. Tengo muy claro que no me va a volver a empujar la sociedad ni nadie volverá a marcar mis pautas o ritmo personal. No es rebeldía, es amor propio.

Llega otro gran momento de esta aventura...

Abro el baúl. ¡La puerta a Afganistán! Su olor impregna mi casa y todos mis sentidos me transportan allí. Esta vez lloro con frenesí. Llora y grito sin parar. No voy a combatirlo. Quiero que salga todo porque el pasado nos deja en paz cuando lo superamos. Hay que dejarlo atrás para que no se interponga en el presente y, por lo general, viajar al pasado suele hacer que volvamos con ganas de llorar. Reconciliarse con él, es un desafío íntimamente ligado al cambio. Cuando lo usamos bien, la sabiduría que nos regala nos hace mejores personas.

Llorar es perfectamente saludable y es un signo de fuerza y resistencia. Es la mejor forma de filtrar los pensamientos que nos causan preocupación y dolor. Llorar es innato en el ser humano porque nacemos llorando como señal de estar vivo. El llanto descansa el cuerpo y la mente, lo que nos permite “soltar”, afrontar y continuar.

En esta ocasión, la misión pasa a cámara rápida ante mis ojos. Se nota que no es una despedida.

Voy en el helicóptero con la tripulación. Recogemos a una niña con traumatismo craneoencefálico. Se la estabiliza durante el vuelo intentando mantener sus constantes vitales. La observo detalladamente. No consigo verla bien la cara porque está manchada de sangre y mugre. Está muy delgada. Sus manitas están negras y con suciedad incrustada en sus uñas. Tiene las rodillas muy marcadas. Y sus pies... No puedo dejar de mirar sus pies. No son acordes a la fisonomía de su cuerpo. Son grandes para su edad, más anchos de lo normal, callosos de andar descalza y unas uñas que parecen garras en vez de uñas. Están negras, y no sólo por la falta de higiene, parece negro su color natural. Un poco torcidas hacia abajo, recordándome a las aves. Una característica morfológica de adaptación a la pobreza y a la supervivencia. Imagino. Su cuerpo no tiene un desarrollo natural. No puedo, ni siquiera, calcular su edad. Tampoco hay donde mirarlo.

Está muy grave, pero sobrevive al vuelo. Tomamos en Herat. Vamos rodando hacia el hangar. El equipo médico está esperando para su traslado inmediato al ROLE y asistirle. Es tan pequeñita y se la ve tan vulnerable, que despierta el lado más humano a cualquiera.

Al tenderla en la camilla para meterla en la ambulancia, sufre un paro cardíaco. El médico intenta reanimarla una y otra vez sin descanso. No dejo de escuchar que está

muerta. Y hasta que el médico se da por vencido, sigo expectante deseando poder ver el más leve movimiento de su cuerpo volviendo a la vida.

Está muerta. Se hace un silencio con ausencia de movimiento. Al médico se le caen las lágrimas.

Tan triste como la muerte de esta niña afgana, es la indiferencia de su padre. Le miro esperando alguna respuesta que ya sé que no voy a hallar, pero me asombra igual. Se acabe de morir su hija y no siente nada. No sé qué me duele más.

El choque cultural es demasiado grande para mi raciocinio. De tal manera, que la niña afgana ha convivido conmigo muchas noches, muchos sueños. Tantos, que nos hicimos confidentes hablando una misma lengua.

Según el Corán, hay vida después de la muerte. Los musulmanes creen que la vida es una preparación para la vida eterna tras ella. La creencia en el Juicio Final, la resurrección de los muertos y la vida después de la muerte, es dogma de su fe.

Aquí no existe un padrón, registro o lista de la población como el que nosotros conocemos. Muchas personas viven en las montañas todavía. Hay casitas como las de los Belenes que montamos en nuestros hogares por Navidad. En las áreas rurales, muchas viviendas están construidas con barro, piedra y madera, ofreciendo un espacio habitable donde refugiarse y poder vivir, para ellos, confortable. No hay un estándar o código de construcción adecuado ni definido, lo que hace que las casas sean susceptibles de derrumbarse con una baja resistencia ante peligros sísmicos. Los terremotos son una realidad cotidiana en Afganistán. Se encuentra en el cinturón alpino donde colisionan las placas tectónicas india y euroasia. Tener casa es un lujo.

En los techos suele haber una alfombra, su lugar de rezo. La oración, Salah, es práctica de su fe. Los musulmanes rezan 5 veces al día: al amanecer, al mediodía, a la tarde, al atardecer y a la noche. Lo hacen mirando la Kaaba, la gran mezquita de La Meca. Rezan preferiblemente en compañía de otros musulmanes.

En Herat, dejan de trabajar para rezar. Se vuelve cotidiano verlos. Como el ayuno, sawm, durante el Ramadán.

Los domingos por la mañana, salíamos a la puerta de la base. Era el día del mercadillo. Sin hablar el mismo idioma, regateábamos los precios y llegábamos a un

entendimiento. Me reía mucho con ellos. Lo que más me gustaba era mirarlos. Las diferencias me causan una curiosidad inquietante. ¡Cómo pueden vivir sin lavarse los dientes!

Los mercadillos era uno de los modos de supervivencia en Herat, en los cuales había 3 productos estrella muy demandado por los “turistas”: los burkas, la piedra Lapislázuli y las alfombras. Afganistán es el mayor productor de Lapislázuli del mundo y aquí se podía obtener por un módico precio y nada cara.

Con sus mercadillos, marcaban nuestro domingo como único día diferente de la semana. Desviaban un poquito nuestra atención en el trabajo, aunque no por ello dejábamos de estar de servicio. La alarma “MEDEVAC” podía saltar en cualquier momento, así que nunca terminábamos de desconectar.

Estábamos allí para salvar vidas, independientemente de que aquella guerra estuviera perdida. No sabíamos lo que pasaría. Creíamos en nuestro objetivo. Las cosas no se ven igual 12 años después. A veces, un pequeño cambio deriva en algo extraordinario.

No podía venirme de allí sin ponerme un burka. Era una curiosidad que desbloqueaba una necesidad ante la falta de evolución. La fascinación de lo desconocido. Quería intentar averiguar cómo se veía el mundo a través sus ojos. El burka es la vestimenta impuesta a las mujeres afganas pastunes fuera de casa o en presencia de personas que no sean de su familia inmediata, y es una interpretación del código de vestimenta del “hiyab”. Oculta el cuerpo y la cabeza por completo, dejando una abertura de malla a la altura de los ojos. Obviamente no es cómodo, cuesta respirar, no se ve bien y tropiezas con él al andar. No logro, ni si quiera imaginar, la vida diaria de una mujer en Afganistán.

Herat es un mundo aparte el cual merece la pena conocer.

Descubrí “El León del Panshir”. Se convirtió en una de las figuras centrales en la resistencia contra la ocupación soviética. A partir de la salida de los soviéticos de Afganistán y después del ascenso al poder de los talibanes en 1996, Ahmad Shah Masud, que rechazaba su interpretación fundamentalista del islam, regresó a la oposición armada. Sirvió como líder militar y político del Frente Islámico Unido, también conocido como Alianza del Norte. Demostró su valor y coraje, así como el

amor a su pueblo y la lucha por la supervivencia con la continua esperanza de una evolución y una mejora para todos, de un país libre.

Su asesinato se produjo solo 2 días antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en EE.UU y tenía como objetivo dificultar la probable invasión estadounidense que se produciría en Afganistán después del atentado. Fue declarado Héroe Nacional y en mayo del 2012, en conmemoración a su muerte, se declaró el día 9 de septiembre como Día de los mártires y Ahmad Shah Masud.

Desde entonces asocio el león con Afganistán, manteniendo su recuerdo vivo.

Estoy reviviendo momentos vívidamente como si estuvieran ocurriendo en el presente. Las lágrimas tienen un sabor agri dulce. Cierro el baúl de golpe sin sacar nada. Guarda muy poquitas cosas materiales y muchos secretos personales.

Me siento sobre él pensando en el HD21.12. Volcado, con sus palas “chuchurrías”, marchitas como los pétalos de una flor al secar. Parecía que el helicóptero lloraba. Dudaba de la posibilidad de reparación. Los costes serían demasiado elevados. Sabía que volvería a verle porque estaría en el hangar de mantenimiento o en el hangar del 803 esperándome. Lo que no sabía era que me le iba a encontrar cada vez que fuera al CIMA e iba a convertirse en otra puerta a Afganistán, como en aquellos momentos lo era mi baúl.

No ha sido el único accidente de helicóptero español en tierras afganas. Anteriormente, el Ala 48 asumió la pérdida del HD21.06, volado y destruido en una situación de riesgo elevada. Gracias a Dios, en ningún caso ha habido muertos.

El peor fue el 16 de agosto de 2005 a 20 km al sur de la ciudad de Herat, donde murieron 17 soldados españoles. Este fue el segundo desastre aéreo en que muere un gran número de soldados de España tras el accidente del Yak-42 en Turquía.

Un helicóptero Cougar del Ejército de Tierra, informó haber visto una columna de humo negro en un valle al sur de Herat, que acabó correspondiendo a un impacto de otro Cougar contra el suelo. Todos fallecen. Cinco militares que viajaban en otro helicóptero resultaron heridos al intentar hacer un aterrizaje de emergencia para auxiliar al siniestrado. El pasado 16 de agosto pude sobrevolar la zona y ver el destello de las flores de colores colocadas allí en su memoria. Nos acompañan mientras se mantenga viva la Historia porque pasa a formar parte de la nuestra.

Documentándome sobre este accidente desconocido hasta el momento para mí, descubrí distintas versiones:

Los 2 helicópteros se separaron, con una colina que no permitía que se pudieran ver. Cuando el primer helicóptero cayó, provocó un ruido fuerte y a causa del impacto, la munición comenzó a explotar, ocasionando que el piloto del segundo helicóptero, al pensar que estaba siendo atacado, buscase donde tomar. Lo hizo como pudo, literalmente tirando el helicóptero al suelo y provocando heridos en la tripulación a causa del aterrizaje tan brusco.

Los últimos datos sobre las supuestas causas del accidente, indican que el helicóptero siniestrado superó la cima de una colina a poca altura del suelo y contactó con él. Debió perder el control y parte de la estructura, fuselaje y combustible del mismo. Cayó unos 50 m más allá donde se incendió por la deflagración de la munición.

También se barajó como causa, las difíciles condiciones de vuelo existentes en la zona el día del accidente: vuelo a baja altura con vientos fuertes.

La OTAN dijo el mismo 16 de agosto que el accidente fue debido a un fallo mecánico. En cambio, la aeronave se encontraba en perfectas condiciones técnicas. Última inspección realizada y certificado de aeronavegabilidad en vigor y renovado.

Pese a todo, desde un primer momento se barajaba la posibilidad de un ataque desde tierra y algunos informes sugirieron que hubo una tormenta de arena en la región.

Se descartó la posibilidad de choque de las palas de los 2 helicópteros entre sí, aunque fuentes del servicio afgano de inteligencia señalaron que volaban muy próximos y dicha colisión pudo provocar que uno se estrellara y otro tuviera que realizar un aterrizaje de emergencia.

Militares del segundo helicóptero declararon que les habían atacado desde tierra y el helicóptero fue derribado. Oficialmente se recalcó que no se había detectado en la zona ninguna circunstancia de hostilidad entre la población civil afgana. De hecho, Herat está en una zona relativamente segura de Afganistán, ya que los talibanes y sus aliados islamistas son más activos en el este y sur del país.

A última hora del día se trasladaron en algunos vehículos del ejército hasta la base Camp Arena, en Herat, los cuerpos de los 17 militares. Lo que no es totalmente exacto porque observando las fotografías del helicóptero después del impacto contra el suelo, sólo podían quedar restos de los cuerpos.

Como resultado del proceso judicial, se archivó el caso al no encontrar indicios del delito. Considerándose que el accidente fue por circunstancias “imposibles de determinar”. En septiembre de 2008, el Tribunal Militar Territorial Primero admitió a trámite uno de los recursos de apelación presentados contra el archivo de las actuaciones.

Quizá nunca se sepa la verdadera causa de lo ocurrido. El caso es que ellos no volvieron vivos. Pienso en el sufrimiento, desolación e impotencia con la que sus familias tienen que afrontar lo ocurrido y paralelamente pienso en la mía. Me alegro de estar en casa.

La presencia española en Afganistán comenzó en diciembre de 2001, primero en la Operación Libertad Duradera, creada por los Estados Unidos para combatir el régimen talibán, y después en la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad, ISAF, bajo mandato de la ONU hasta 2014.

Después de chocarme contra una realidad mucho más dura que la mía, abro de nuevo el baúl. Esta vez mis emociones están contenidas. No ha sido tan traumático. Dicen que las comparaciones son odiosas, pero a mí me están ayudando a relativizar y agradecer.

No tengo muchas cosas que colocar. Sólo vuelven los uniformes y los regalos que compré en el mercadillo. La ropa y las zapatillas de deporte se las regalé al afgano que nos cosía, para su mujer y sus hijas. Las cosas de aseo, al que limpiaba los corimec. Los calcetines y pijamas, a los niños de los orfanatos. Mi equipaje es reducido. Y con ese puñado de cositas, he vivido 3 meses sin echar de menos nada de mi armario. La pobreza me hizo ser rica y apreciar que uno no es más por lo que tiene, sino por lo poco que se necesita para vivir.

Separando los regalos, decido contestar a algunos mensajes para ir cuadrando encuentros con mis amigos y volver a la vida occidental.

Vací el baúl y le dejo abierto durante días en mitad del salón. Las cosas materiales tienen el valor que las damos, y yo quiero que me acompañe abierto, con la puerta a Afganistán abierta, para poder colarme allí cuando quiera, antes de devolverlo a la unidad. Es como esos cómics con una puerta a otro mundo. Y yo la viajera en el tiempo. Me encanta entrar y salir de la nueva dimensión que he creado en mi cabeza. Empieza a ser un juego y el sabor es cada vez más dulce.

Abro el armario, me río sola. No sé qué ponerme. Pero no significa lo mismo que antes. Sería más fácil si sólo tuviera unos vaqueros y unas converse. No puedo salir con el uniforme, que es, sin duda, mi alternativa si fuera posible.

Me miro al espejo. Llevo el pelo suelto. Estoy vestida de civil, con ese toque europeo. Voy corriendo al salón y me vuelvo en Afganistán. Me veo con el burka. Vuelvo a casa, me miro en el espejo por segunda vez. ¡Qué gran suerte ser española! Sonrío. Me quiero.

Cuando salgo a la calle, siento la vida con mis cinco sentidos. Paseo despacio, parándome a cerrar los ojos e intentando verme desde fuera como lo hice en aquel desierto y no funciona. Cierro los ojos y no veo nada. Ha parado. Han vuelto los colores a mi vida, el viento sin arena, las mujeres elegantes y el olor a perfume al cruzarme con la gente.

Tú, Afganistán, país montañoso sin salida al mar ubicado en Asia del Sur, lugar de encuentro de imperios y civilizaciones, espacio de intercambio y comunicación de importantes polos culturales y comerciales, rico en frutos secos, alfombras, lana, algodón, piedras preciosas, opio, carbón, petróleo, cobre.... Tú, sin saberlo, me has cambiado. Me has marcado. Una parte de mí es tuya. Me has empujado al mayor crecimiento que nunca antes había experimentado. Gracias a ti paseo por las calles valorando los detalles insignificantes que normalmente otros no pueden ver. Me has dado las alas que no sabía que necesitaba para sentirme completa. Me haces caminar segura porque no me asusta la muerte. Tú, Afganistán.

No es fácil contar todo esto y esperar que mi familia y mis amigos lo comprendan. Ellos sólo ven el riesgo, el peligro y la guerra. No puedo acusarlos por sus prejuicios, pues el miedo de perderme es número 1 en su lista. Desde entonces cabalgo entre varias vidas con un montón de experiencias. Pasando de una a otra sin necesidad de adaptación y con una facilidad abrumadora. Y me gusta.

Mis familiares y mis amigos me escuchan atentamente ojjipláticos. Están deseando conocer mis “batallas”. Noto cómo me clavan sus miradas, aunque ninguna como la de aquella trinchera.

Les apasionan nuestras historias porque ellos nunca podrán vivirlas. Somos un mundo desconocido para ellos y... ¿Cómo no vamos a serlo? Si cada uno somos un mundo desconocido para nosotros mismos con nuestra propia historia.

La tercera noche de insomnio se fusionó con un sol naciente que pintaba el cielo de rojo y con un día de cambios emocionales menos drásticos, más sencillos de gestionar. Las cosas se iban poniendo en su lugar. Seguía yendo y viniendo de Afganistán hasta que pasé a ver Afganistán en la televisión. Como espectadora y desde el sofá de casa, aquel país lucía diferente.

- El pueblo afgano sigue soportando los golpes de una existencia sumida en un conflicto casi permanente. Es un país de pobreza, hambre, supervivencia y esperanza. A pesar de un futuro incierto y violento, para la mayoría de los afganos la vida sigue igual, con su capacidad de adaptación y dignidad en vez de desesperación por la guerra.

Estoy de acuerdo con esta noticia. Afganistán es uno de los lugares menos seguros del mundo. La vida sigue como lo ha hecho durante mucho tiempo. Tienen normalizado vivir en guerra. Me acuerdo del pastor en Bala-Morghab.

Poco a poco me voy ubicando y descubriendo peculiaridades del mundo afgano que por vivirlo tan deprisa, se me habían pasado. En la pobreza hay hermosura y aquel país pobre es hermoso en cuanto a multiculturalidad, arte, música, poesía, arquitectura y gastronomía se refería.

Es un país multilingüe con 2 idiomas oficiales, el darí y el pastún, y más de 70 lenguajes menores. Multiétnico con más de 50 etnias y grupos tribales. Y multicultural. Limita con Pakistán, Irán, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y China, lo que le enriquece grandemente.

El arte afgano abarca muchos siglos. Una de las modalidades más famosas es el estilo Gandhara de alcornia Greco-Romana, desarrollado entre los siglos IV y VII de nuestra era. La habilidosa hechura de alfombras sobresale siendo muy conocida la

confección de bellos tapices orientales. Las alfombras afganas tienen ciertos estampados que las vuelven ejemplares únicos.

Las letras de las canciones son escritas típicamente en persa y en pastún. Son peculiares, como algunos de sus instrumentos. No sé lo que dicen, pero me encantan.

Las formas más conocidas de poesía son el Gazal, que consiste en coplas y estribillos, y el Charbeite, recitado en cuatro versos. Me han traducido algunos de ellos y frecuentemente expresan amor, juventud, guerra o eventos de la vida de los poetas. Y si los situamos en el contexto sociocultural afgano, se hace increíble hablar de poesía. Lo que la hace apasionante.

La arquitectura ha hecho grandes aportes a la arquitectura mundial. La Unesco ha reconocido el rol de la nación declarando al Minarete de Jam y el Valle de Bamiyán, sede de los famosos Budas destruidos por los talibanes, como Patrimonio de la Humanidad. Otros ejemplos pueden encontrarse en Herat, Mazar-e-Sarif y Gazni.

Afganistán posee una amplia variedad de tierras que permiten la cosecha de diferentes cultivos. Su gastronomía se basa principalmente en trigo, maíz, cebada y arroz. Las especialidades culinarias de la nación reflejan su diversidad étnica y geográfica. Características por sabores fuertes y picantes. Recuerdo con nostalgia, amor y risas, las cenas afganas que nos organizaron dentro de la base.

Los pistachos afganos son los pistachos más ricos que he comido en mi vida.

Afganistán fue un gran regalo, una fuente de conocimientos y un sinfín de descubrimientos. Podría escribir una enciclopedia. No cambiaría nada de esta misión. La repetiría.

Las experiencias nos dibujan y nosotros elegimos los colores. Hay muchas formas de contar la misma historia y cada color la hace diferente. El tiempo también las tiñe, por eso después de 12 años, esta historia no es la misma que escribí. Al final queda lo bueno, el aprendizaje.

Se tarda en asimilar las cosas. Se tarda aún mucho más cuando se viven deprisa. Y se expone al cuadrado, cuando no se entienden.

Y es que la vida está llena de señales y curiosidades que pasan desapercibidas. El accidente del helicóptero fue en el 2012. El Super Puma, el HD21.12, capicúa. Y

cuando yo soy capaz de contar mi historia con amor y decido compartirla, ¡han pasado 12 años!. No son casualidades. Es el momento. Porque hay un momento para todo en esta vida.

En el desierto de Bala-Morghab desperté a mi buena muerte. Que fue buena conmigo, porque sólo apareció para enseñarme que no hace falta vivir temiéndola. Y sintiéndola, es como entendería que forma parte de la vida y no tiene que asustarme, sino que tengo que vivir sabiendo que ella me acompaña y no me llevará hasta que sea mi momento. Me mostró mi vida, para que la rompiera y la viviera disfrutando a tope.

Exprimir cada segundo al máximo. Eso es lo que llevo haciendo desde que conocí a mi buena muerte. Motivo de críticas muy duras incluso por parte de mi familia. Pero la flor que florece en la adversidad, es la más rara, hermosa y fuerte de todas.

Desde entonces, tengo vidas por el mundo. En Afganistán, Mauritania y Sicilia. Las colecciono. Ansiosa por seguir viviendo, embriagada por lo desconocido y conquistada por lo diferente. Nunca me he considerado una persona normal y en ocasiones, no encajo en ningún sitio.

Entré en el Ejército del Aire en el 2001, con 18 años. Era una niña con muchos miedos y muy niña. Comencé mi andadura militar sin referente previo alguno. Sintiéndome muy sola y arrastrando esa soledad muchos años. Pero nada diferente de lo que viven los demás. No tardé en entrar en la Academia de Suboficiales.

La vida militar ha fomentado mi crecimiento profesional, personal y emocional. Me ha dado la oportunidad de viajar a algunos lugares del mundo, que de ninguna de las maneras hubiera conocido. Me ha llevado a personas con las que quizás, nunca me hubiese encontrado. Tengo una estabilidad económica que me permite un estilo de vida cómodo. Me da algún que otro dolor de cabeza, y el sacrificio se convierte en costumbre, pero suma. Suma experiencias, conocimientos, recuerdos, lugares, personas...

El uniforme es el lugar en el que me refugio innumerables veces. Las misiones, son mi vía de escape fácil cuando mi vida personal me atrapaba o noto que caigo en una monotonía que detesto.

He aprendido a ser fuerte y caminar sola. Término erróneo, porque la muerte me acompaña siempre, que no me persigue, sólo me acompaña. Y ¡ojalá, me acompañe hasta mi vejez!. Hablamos con frecuencia. Es mi compañera de vida y no quiero deshacerme de ella. Me ha hecho crecer, entender y liberarme.

Voy a seguir siendo la protagonista de mi historia. A llenar mi mundo de puertas abiertas. A viajar en el tiempo a otras dimensiones, para no olvidar ninguna vida.

Afganistán siempre será la puerta que elija y cruce cuando tenga que mimar a mi niña interior, cuando tenga miedo o no pueda más, o ¡cuando vaya al CIMA!

Afganistán es mi puerta favorita porque en Afganistán... ¡Desperté a mi buena muerte!
No te olvides de quien eres, aunque vale perderse por el camino.

